

noche, cuando se retiró Susana, planteó Felipe la cuestión de las relaciones que debían mantener con los habitantes de la Varenne.

—El Duque de Bligny es vuestro pariente más inmediato, á excepción de vuestro hermano,—dijo con voz tranquila.—Ninguna ruptura aparente ha ocurrido entre él y vuestra familia, y V. misma cuidó de que continuasen las buenas relaciones cuando se verificó nuestro enlace. Creo que no sería hábil modificar ahora este comportamiento. Si los Duques de Bligny se presentan aquí, opino que se les debe recibir como á parientes vuestros, es decir, del mejor modo. De no recibirles, nos exponemos á comentarios que deseo evitar. No pretendo, sin embargo, imponer á V. mi opinión. Usted es más interesada que ningún otro en este asunto. Dígame cuál es su deseo, y á él me atenderé.

Permaneció Clara un momento silenciosa. La nueva intervención del Duque y de Atanasia en su vida, parecióle señal de grandes peligros, é instintivamente sospechó que con ellos entraría en su casa una desgracia completa, irremediable. A punto estuvo de hablar, de demostrar á su esposo sus verdaderos sentimientos, quizá de pedirle perdón; pero no se atrevió, y aceptó ciegamente cuanto había resuelto Felipe.

—Tiene V. razón,—dijo;—es preciso recibirles bien, y le agradezco que se imponga esa contrariedad. La presencia del Duque

me será tan penosa como á V.; le ruego que así lo crea.

Felipe hizo un movimiento con la cabeza, que no significaba afirmación ni negación, y dió por terminada la entrevista.

XIII

El Duque no había ido por su gusto á la Varenne. Parisiën de pura raza, no podía sufrir el campo, y los plátanos de los bulevares y los castaños de los Campos Elíseos parecíanle suficiente verdura. Su Círculo, donde pasaba las tardes y la mayor parte de las noches, era la base de su vida habitual. Aborrecía la contemplación de la naturaleza y detestaba la lectura.

Cuando su suegro le condujo orgulloso á las estufas de la Varenne, y le enseñó una magnífica colección de orquídeas que su jardinero, persona á quien Moulinet hablaba con deferencia, había obtenido á todo coste, miró el Duque distraído las macetas simétricamente alineadas, y dijo indiferente: «Muy bonito.» Después arrancó con la punta de los dedos una flor maravillosa, y se la puso en el ojal.

Al verle coger de aquel modo una flor que había costado tanto trabajo y tantas pe-

setas, se indignó el jardinero, soltó una maceta de begonia que iba á enseñar, y mirando á Moulinet con severidad, salió silencioso.

—¿Sabe V. que la flor que ha cogido cuesta sesenta duros?—dijo Moulinet.

—Sí, ¿eh?—contestó el Duque con acento tranquilo.—Pues no me parece demasiado cara para mí.

Moulinet miró á su yerno de soslayo, pero nada dijo, porque le temía, imponiéndole la manera como le miraba el Duque. Había dicho una noche al lindo maese Escandre: «Por más que hagamos, nunca seremos iguales á esas gentes»; y aunque tenía, sobre todo después de sus pretensiones electorales, afición á la igualdad, no se sentía á la misma altura que el Duque.

Visto el poco éxito que había conseguido en las estufas, creyó tenerlo mejor en las caballerizas. Había en ellas una docena de caballos de silla y de tiro, muy elogiados por su cochero, y que por lo mismo pagó muy caros.

Las dependencias de la Varenne eran grandiosas. Estaban construidas de ladrillo en estilo morisco, que gustó extraordinariamente al chocolatero, tanto, que al hablar de ellas decía con frecuencia: «Esto se parece mucho á la Alhambra y al nuevo colegio Chaptal.»

El patio, de doscientos metros de exten-

sión, lo rodean las cuatro fachadas de los edificios destinados á caballeriza, cocheras, guarnés y pajera. Se entra en el patio por una puerta monumental entre dos pilares de piedra, adornada con cabezas de caballo de bronce. Por delante de los edificios hay un porche formando un paseo embaldosado, de tres metros de ancho. Listones de madera pintados de blanco sirven de separación á los arcos, y permiten apoyarse en ellos para ver maniobrar á los caballos.

La Duquesa, con un vestido de fulard y una toquilla de punto de Venecia alrededor de su morena y bonita cara, manejando con una mano llena de sortijas ancha sombrilla roja, acompañó á su padre y á su marido á las caballerizas, pisando la orilla cuidadosamente trenzada de las camas, mirando á cada caballo suelto en su *box*, que tenía en lo alto dispuesta la placa para poner el nombre del animal. Aprobó el Duque el arreglo de la caballeriza, pero no le entusiasmaron los caballos; en vano buscó felicitaciones el cochero, porque á primera vista conoció Bligny el defecto de cada animal, dando en qué pensar á Moulinet.

Por la tarde hubo una formal explicación, de la cual resultó que el yerno del Sr. Moulinet sabía lo necesario para que fuera en adelante imposible pagar seis mil pesetas por caballo que no valía mil ochocientas. Resumió el Duque su opinión de un modo que

le hizo adquirir la estimación del cochero.
—Puedes robar á tu amo,—le dijo,—
eso es natural; pero no le enrocines.

Visitadas por el Duque las estufas y las
caballerizas, sin mejor éxito en éstas que en
aquéllas, el exmiembro del Tribunal de Co-
mercio había agotado las distracciones que
reservaba á su yerno. Entre su mujer y el
Sr. Moulinet, se aburría éste soberanamente,
encerrándose todos los días después de al-
morzar en su cuarto de fumar, y durmiendo
como un lirón sobre ancho diván de cuero.
Al cabo de una semana de esta vida, no pu-
diendo ya sufrirla, y conociendo que las im-
pertinencias se agolpaban á sus labios, iba
á anunciar el Duque á su mujer y á su sue-
gro que un asunto urgente le obligaba á ir á
Trouville, cuando Atanasia propuso hacer
una visita á Pont-Avesnes.

Esta proposición sorprendió al Duque, y
al pronto le fué desagradable. El recuerdo
de Clara se había ido borrando poco á poco
de su corazón, pero el del amo de la ferre-
ría tenía lo muy vivo. La mujer había llegado
á serle casi indiferente, pero conservaba el
odio al marido. ¿Por qué? Difícil hubiera
sido decirlo. Acaso por su complicidad en
la afrenta que Clara le había hecho sufrir
públicamente: acaso por ser el tipo más
opuesto al suyo; pero era lo cierto que ins-
tintivamente le odiaba y que continuaba lla-
mándole «el ferrón.»

Tuvo, sin embargo, curiosidad de ver en
lo que había parado aquel matrimonio hecho
en tan raras condiciones, y sin hacerse de
rogar, acompañó á su suegro y á su mujer
á casa del Sr. Derblay, diciendo para sí:
«Mi viaje sólo se retardará un día, y podré
tributar algunas atenciones á esa pobre Cla-
ra, que bien se las debo.»

La compadecía, formándose una idea muy
singular de la clase de vida de la que debió
ser su esposa; vida en su concepto estrecha
y mezquina, ocupada exclusivamente en el
cuidado de los negocios. Casi estuvo á punto
de imaginar que su orgullosa prima llevaba
los libros de su marido, con mangotes de
percalina negra en los brazos.

Sólo había visto á Pont-Avesnes una
noche, y á oscuras, y le admiró al entrar
en plena luz del día el bello jardín con par-
terre á la francesa que había delante de la
fachada. Los criados le parecieron muy
atentos y sin aspecto provinciano. Vió los
salones en todo su lujoso esplendor, y tuvo
que confesarse á sí propio que el tren de
casa del Sr. Derblay era de los más envidia-
bles. La aparición de Clara le turbó.

La mujer que tenía ante sus ojos no era
más bella que la que había conocido, pero
parecía otra: sencilla, grave y con una au-
toridad en la mirada que le molestó. El se-
ñor Derblay tenía demasiada buena aparien-
cia para no desagradar considerablemente

al Duque. Por primera vez advirtió éste que el amo de la herrería estaba condecorado. Sumido en tan repentinas reflexiones, Bligny habló poco y á propósito. Gracias á esta reserva, no despertó desde el primer día las sospechas de Felipe.

En el trayecto de Pont-Avesnes á la Varenne mostróse el Duque taciturno. En la comida estuvo muy alegre, hablando con febril locuacidad, bromeando con el Sr. Moulinet y mostrándose el mejor hijo del mundo. Su apatía cesó de pronto, y no pensó ya á la mañana siguiente en el famoso asunto que le obligaba á ir en seguida á Trouville.

Encerrábase con más tenacidad que antes en su habitación de fumar, pero no dormía. Tendido en el diván pasaba una parte del día fumando cigarrillos de Levante, que producen agradables ensueños. Miraba subir lentamente hacia el techo las azuladas espirales, como si persiguiera, á través de sus ligeros y flotantes anillos, una forma fugitiva. En la penumbra imaginaba ver el rostro de Clara tal y como se le había presentado. Cerraba después los ojos y continuaba viéndolo.

Perseguido por esta visión, quiso librarse de ella, y mandó ensillar uno de los caballos que el Sr. Moulinet había pagado tan caros y que valían tan poco dinero. Saló al parque y se fué, dejando sueltas las bridas sobre el cuello del animal.

Eran las cuatro, y empezaban los vagos ruidos del bosque. Las carreras de los vagabundos conejos removían las hojas en los matorrales, y de vez en cuando una urraca asustada volaba á lo alto de una encina dando gritos estridentes y batiendo el aire con sus cortas alas. El día había sido caluroso, y al caer la tarde empezó agradable fresco. Exquisitos olores salían de la tierra, y el sol, al ponerse, deslizaba sus rayos de oro por entre la hojarasca.

Sacudiendo su entorpecimiento, picó espuelas el Duque y partió á galope. Sin advertirlo había salido del parque, y corría por el bosque, huyendo delante de él y arrastrándole tras sí el encantador fantasma que agitaba su espíritu. El caballo le condujo á la linde del llano. Un largo y bajo muro, sobre el cual se inclinaban las pesadas ramas, llamó su atención. En la masa de árboles vió una grande abertura rodeada de profundo foso, y se dirigió maquinalmente hacia aquel lado, presentándose á sus ojos ancho tapiz de hierba, á cuyo término aparecía un enorme y blanco edificio. Estremecióse el Duque al reconocer á Pont-Avesnes.

El azar le acercaba á aquella de quien deseaba huir. ¿Quería la fatalidad unir á los que había separado? Bligny sonrió recordando lo que había dicho al Barón la noche del casamiento: «Desde Vulcano, los herre-

ros tienen mala suerte en estos asuntos;» y olvidó el terrible martillazo con que le amenazó su interlocutor. Además, ¿acaso el temor podía impedir al Duque procurarse la satisfacción de cualquiera de sus caprichos? Puso al trote el caballo, y tranquilizado su espíritu por la resolución que acababa de tomar, volvió á la Varenne.

Nada podía amenazar tanto la tranquilidad del señor Derblay como las nuevas intenciones del Duque. Entre la fría gravedad de Felipe y la gracia afectuosa de Gastón, se iba á ver Clara en gran compromiso, si no llegaba á estar en serio peligro.

Evidentemente el amo de la herrería, al mostrar al Duque tan tranquila cordialidad, tenía algún oculto pensamiento, puesto que le era facilísimo alejar poco á poco á los parientes de su mujer, limitando las relaciones íntimas que se establecieron desde los primeros días á sencillas visitas de buena vecindad. No era fácil doblegar á Felipe, y lo que decidía se ejecutaba casi siempre con toda exactitud. Al permitir la invasora ternura de los Duques, formaba sin duda parte de sus proyectos abrirles por completo su casa.

Durante las largas horas que Felipe pasó al pie del lecho de la moribunda Clara, repasó uno por uno todos los acontecimientos que precedieron á su matrimonio, y entre ellos el de la encarnizada tenacidad con que Atanasia había perseguido á su rival. Atri-

buyendo á la Duquesa la responsabilidad que le correspondía, toda la culpa de ésta sirvió á Felipe para excusar á Clara; pero juzgó necesario no prescindir del rigor con que hasta entonces había tratado á su mujer.

La lucha entablada entre ambos debía terminar con su victoria. Necesitaba hacer sufrir á la orgullosa Clara una prueba decisiva, y tomar terrible revancha de la inmerecida afrenta que le había causado. Presintió que Atanasia estaba destinada á desempeñar un papel en la peligrosa partida. La batalla debía darse entre Clara y la Duquesa, y entre el Duque y él. La previó encarnizada, fértil en pérdidas emboscadas y en temerosas sorpresas, no siendo imposible que terminase con la muerte de un hombre. Felipe no vaciló. ¿Qué arriesgaba en suma? Su vida estaba comprometida, y había perdido la felicidad. Sólo se exponía á ganar intentando la aventura; pero, tan prudente como resuelto, tomó las precauciones necesarias para asegurar el éxito. Viendo á Clara demasiado sola, porque aparentemente él no podía defenderla, pensó darle una fiel aliada; y al efecto invitó á la Baronesa á pasar con su marido algunas semanas en Pont-Avesnes. De este modo se equilibraban las fuerzas, y frente á frente ambos partidos no tardaría en empezar la lucha.

Fácil fué comprender desde los primeros días que la Duquesa de Bligny proyectaba

revolucionar aquel pacífico rincón de una provincia. La Varenne se convirtió en sitio de regocijo, donde no cesaba el ruido de las fiestas con que Atanasia tenía empeño de indicar su presencia. Recién llegada al país, pretendió convertirse, á fuerza de tanto ruido y excentricidad, en su indisputable soberana.

Había hecho ir de París dos de sus asiduos acompañantes, el grueso La Brede y el pequeño Tremblays, el más brillante par de trotones de su famoso «tiro de seis.»

—Para el campo,—dijo riendo,—basta La Brede y Tremblays. Enganchados para correr la posta y con muchos cascabeles, producirán ilusión...

En efecto, La Brede y Tremblays, dos íntimos amigos muy deslucidos cuando estaban separados, sorprendían al reunirse, porque ambas nulidades tenían un valor positivo, como dos negaciones significan una afirmación. Llegaron, pues, con un cotillón, un *lawn-tennis* y un *polo* en sus maletas, y como si el demonio de París saliera de ellas, apenas pusieron el pie en la Varenne la vida fué allí endiablada.

Besançon proporcionó una orquesta de diez músicos para bailar todos los sábados en el castillo, y la juventud jurasiana supo con estupor que la señora de Bligny proyectaba divertir á toda la comarca. De todas las casas de las cercanías acudían berlinas,

briskas, charabans, una colección completa y rara de carruajes, muchos de ellos de la época de la Restauración, corriendo por el camino de la Varenne con inaguantable ruido. Los colorados hidalgotes, de musculatura tan dura como las rocas de sus montañas, lanzaban las pelotas del *lawn-tennis* y hacían correr en las praderas la bola del *polo* dándose fuertes paletazos en la cabeza, y valsando después toda la noche con infatigable vigor.

—¿Sabe V., Duquesa, que sus provincianos son de buena madera?—decía el grueso La Brede.—Levantán á sus parejas como plumas y jamás descansan. Casi tengo deseos de importar algunos para la estación de invierno en París; creo que se cotizarían con prima en la plaza.

—Sí, pero por desgracia,—añadió el pequeño Tremblays,—el provinciano musculoso y sanguíneo prueba generalmente mal entre nosotros. A los seis meses ha perdido el color y está más flojo que el mismo parisién... Es mala especie para la aclimatación.

Y mientras los dos parisienses hacían profundas consideraciones sobre el fomento de la raza de los bailarines de provincia, los diez músicos alborotaban en los salones de la Varenne. La juventud de Besançon y de las cercanías, sin cuidarse de las apreciaciones de los de París y desdeñando las crí-

ticas, bailaba con una tenacidad que regocijaba el corazón de Moulinet.

La satisfacción del chocolatero al ver á su hija removiendo con tan apasionado ardimiento toda la alta sociedad del distrito, no tuvo límites. El candidato dijo para sí: «Cuanto más convidados más electores;» y animó á la Duquesa á seguir por la emprendida vía, facilitándole ilimitados recursos pecuniarios. Mientras solteras y casadas bailaban, la emprendía él con padres y maridos. Preocupaba, sin embargo, á Moulinet que ni el Prefecto ni el General que mandaba la plaza de Besançon habían acudido á la fiesta de la Varenne. Quizá pareció demasiado aristócrata aquella sociedad al representante de la Administración civil; y el jefe militar, que acababa de ser reprendido por permitir que sus soldados fuesen con armas en una procesión, creyó, sin duda, prudente abstenerse de mostrar sus estrellas en los salones de la Duquesa.

—¿Qué te importa que el Prefecto no venga,—dijo Atanasia á su alarmado padre,—si todos sus administrados están de tu parte? Haz que *El Correo* le ponga la proa y que le atribuya cualquier necedad. Si quieres, encargo á La Brede que haga el artículo. ¡Verás qué picaresco! En cuanto al General, te digo que es un cero, y además sus soldados no votan.

Motivo más grave de disgusto tenía Ata-

nasia que su padre, porque la señora Derblay se había excusado de asistir á las reuniones de los sábados, alegando que aun estaba muy débil para pasar las noches en vela. Como el único objeto de la Duquesa al dar aquellas fiestas era obligar á Clara á asistir á ellas, contuvo difícilmente su rabia, teniendo momentos de mal humor que perturbaron la alegría de sus contertulios. No poder humillar á su rival con todo su lujo, no hundirle en el corazón mil puñales presentándose á ella del brazo del que debió ser su esposo, no verla estremecerse cada vez que la llamaran señora Duquesa, era para Atanasia perder todo el placer que esperaba. El odio de la joven, que quizá se hubiese calmado ante el espectáculo de la humillación de Clara y por la revelación de sus tormentos, lo exasperó la resistencia que ésta supo oponer, la altiva tranquilidad que resplandecía en su frente.

Clara fué á comer una vez á la Varenne, y portóse con grandísima habilidad. La petulante y atrevida Duquesa, junto á aquella noble y digna mujer, apareció lo que era en realidad: una personita bastante mal educada que hacía y decía cuanto la pasaba por la mente con audacia de advenediza millonaria. Notóse la diferencia, con gran ventaja para Clara.

Lo conoció Atanasia y se prometió tomar terribles represalias. Aquella morenita de

bello semblante, ojos vivos y graciosa sonrisa, era lo más malo que se podía imaginar en este mundo. Capaz hubiese sido, á no incurrir en grave responsabilidad, de arrojar vitriolo al rostro de la hermosa Clara para desfigurarla de una vez para siempre, y quemar sin remedio posible los bellos, puros y serenos ojos en que advertía tanto desdén.

Lo que más irritaba á la Duquesa era la buena armonía que existía, al parecer, entre los esposos Derblay. El marido era atento, afectuoso, solícito, y la mujer le demostraba la mayor deferencia y cariño. No era posible enganarse al ver la sonrisa de Clara cuando Felipe estaba junto á ella y la protegía con toda su autoridad: ella le amaba y seguramente era amada. ¿Cómo era posible que el amo de la ferrería no amase á una criatura tan perfecta, exquisito conjunto de gracia física y belleza moral? Además, ¿no se había casado con ella por amor, pasando por todas las humillantes rarezas de la situación, aceptando una mujer arruinada y abandonada por el Duque y mostrándose dichoso de poseerla como si verdaderamente hubiese sido raro tesoro?

Destino era, pues, de Clara ser siempre amada, mientras la suerte había decidido que Atanasia sólo encontrase indiferencia en los hombres. Se la cortejaba sin duda, pero ¿qué valían las adulaciones, las galanterías de sa-

lón, los caprichos pasajeros que inspiraba comparados al amor sincero, profundo, inalterable que tenía Clara el don de engendrar en el alma?

Arrebatada por los celos, ocupóse particularmente Atanasia del señor Derblay, mostrándose seria para agradarle, y acaparándole durante una parte de la noche. Encontró al amo de la ferrería realmente muy bien. Con su tez bronceada por la intemperie, sus cabellos negros cortados al rape y sus grandes ojos oscuros, parecía un árabe. Atanasia sintióse de pronto muy conmovida. Ningún hombre le había producido tal emoción, y creyó que si fuera capaz de enamorarse de alguien, sería de Felipe. Dominada por la idea del dolor que causaría á Clara, desplegó su natural coquetería con una locuacidad que sorprendió á ella misma.

Con diabólica alegría vió á Clara incomodada, agitarse y observar con angustia sus coqueteos. Leyó Atanasia el sufrimiento en el semblante de la que odiaba, y comprendió que había encontrado el punto débil de la coraza por donde le sería posible dar el golpe mortal.

La actitud de Felipe fué en verdad la de hombre bien educado que es objeto de halagüeñas distinciones por parte de la dueña de la casa, acogiendo con perfecta naturalidad las acentuadas insinuaciones de la Duquesa. Dejóla apoyarse en su brazo para

recorrer los salones, y habló con ingeniosa gracia, siendo su solicitud la precisa para parecer muy agradable, y su frialdad la necesaria para que nadie pudiera decir que tenía con la Duquesa mayores atenciones que con cualquiera otra mujer.

Sin embargo, por muy dueño que fuera de sí mismo, un observador atento hubiese podido descubrir que le dominaba violenta turbación. Mientras la Duquesa, haciendo la rueda como pavo real, se apoderaba de él y le enseñaba el salón y las estufas, vió á Bligny acercarse lentamente á Clara, inclinarse por encima del respaldo de la butaca y hablarla sonriendo. Era la primera vez que veía á Clara y Gastón juntos expresándose sus ideas sin testigos. Estremeciéndose y se le enrojecieron las sienes. Durante un minuto sufrió tan cruelmente, que su brazo se crispó, apretando con violencia la mano de la Duquesa. Esta le miró con admiración. Estaban en aquel momento en una pequeña estufa que Moulinet llamaba «los trópicos,» y en la que se desarrollaban admirablemente en húmedo calor las plantas venenosas de la India y de Africa.

—¿Qué tiene V.?—preguntó la Duquesa devolviendo al brazo de su acompañante una ligera presión.

Y al mismo tiempo sonrió:

—El violento olor de esos arbustos y el calor de la estufa me aturden,—contestó Fe-

lipe recobrando la calma.—Volvamos al salón, si V. gusta.

Y conduciendo á la Duquesa con lento paso, tuvo de nuevo á la vista al Duque y á Clara, que continuaban hablando.

Desde que terminó la comida no había aparecido el Duque. Llevó á sus convidados á la habitación de fumar, poniendo ante ellos la colección más variada de cigarros y cigarrillos. A la media hora, y con pretexto de cumplir sus deberes de dueño de casa, dejó á los fumadores envueltos en espesa atmósfera de humo. Quería acercarse á Clara; pero conociendo el carácter arrebatado de la joven, no se atrevió á presentarse de frente. Además, comprendía su mala posición respecto á la señora Derblay, y por audaz que fuese, titubeaba en hablar, conociendo que las primeras palabras que pronunciase tendrían capital importancia en sus futuras relaciones.

Quizá le hubiera valido más abstenerse de todo intento, dejando al tiempo consolidar el terreno antes de aventurarse en él; pero Bligny había llegado al extremo en su cínico egoísmo de no poder retardar la satisfacción de cualquier capricho. Adelantóse, pues, hablando á sus amigos, deteniéndose pocos momentos con las damas, y estrechando, como ave de presa, los círculos que describía alrededor de Clara. De esta suerte llegó á su espalda, é inclinándose hacia la

joven, cuyo tibio perfume aspiraba, le dijo con cariñoso acento:

—¿Te sientes bien esta noche? Casi temblando vengo á informarme de tu salud, porque temo ser bastante desgraciado para que no me veas acercarme sin disgusto.

Volvióse Clara con viveza, y mirando al Duque bien de frente, respondió atrevida:

—¿Y por qué te he de ver con disgusto? ¿Hubiera venido á tu casa si me inspirases los sentimientos que me atribuyes.

Movió el Duque melancólicamente la cabeza.

—Esta es la primera vez que tenemos ocasión de hablar libremente desde tu casamiento,—replicó,—y advierto que no nos vamos á decir aún la verdad. Habiéndome portado mal contigo, uno de los dolores de mi vida es no poder explicarte las razones que quizá me proporcionarán tu absolución.

—Pero si no necesitas absolución, créeme...—dijo Clara con tranquilidad.—¿Te he censurado acaso? ¿Crees de veras merecer censuras? Permíteme decirte que si lo creyeses darías pruebas de rara fatuidad.

—Alivias mi conciencia de un gran peso,—replicó el Duque.—Mi casamiento ha sido una de las fatales necesidades de la vida parisién. Encontréme un día en la precisión de elegir entre la dicha y el honor. Tenía que pagar dos deudas; pero al satisfacer la una, dejaba necesariamente otra en

descubierto. He sacrificado mi amor para salvar mi nombre. He aquí, Clara, lo que tenía que decirte.

—O, en otros términos, el Sr. Moulinet te sacó de una situación espinosa, y tú, por agradecimiento, te casaste con su hija... con muchos millones de dote... Vamos, Duque, la penitencia es llevadera... Además, si te he comprendido bien, tenías para ayudar á soportar la prueba la satisfacción del deber cumplido... Debes, pues, ser feliz... y lo celebro con toda el alma...

Aguijoneado por estas irónicas frases, se estremeció el Duque.

—¿Y tú?—dijo bruscamente.—¿Eres feliz?

—Eres el único sin derecho á preguntármelo,—respondió orgullosamente Clara.

En aquel momento volvía la Duquesa con Felipe. Con un movimiento de cabeza indicó el Duque á Clara su marido del brazo con Atanasia, y viendo á la joven turbarse y palidecer, le dirigió una mirada profundamente burlona.

—Merecías ser mejor amada,—dijo.

E inclinándose, se alejó lentamente.

Estremeció á Clara la idea de que el Duque hubiese adivinado su secreto, porque pondría en duda la felicidad que había fingido á costa de tanto disimulo. Presintió los peligros que iba á correr si el Duque tenía el mal acuerdo de ocuparse de ella. ¿Cómo

podría continuar la obra de la conquista de su marido? ¿Cómo impediría á éste que le preocupasen las asiduidades de Duque? Teniendo que luchar ella misma con aquel peligroso conquistador, ¿cómo tendría la libertad necesaria para combatir á la Duquesa, cuya audaz coquetería para seducir á Felipe le era notoria?

Resolvió huir, y haciendo á su marido una señal que le llevó al punto á su lado, rogóle que pidiese el carruaje. Poniendo después término á las cariñosas protestas de Atanasia, y saludando al Duque con frialdad, llevóse á su marido tan precipitadamente como si el castillo estuviese ardiendo.

Cuando estuvieron en su cupé, rodando sobre el camino en aquella noche serena y apacible, creyóse Clara salvada. No temió interrogar á Felipe, y volviéndose hacia él, preguntó:

—¿Cómo ha encontrado V. á la Duquesa?

—Encantadora...—contestó Felipe distraído.

La joven se hundió en el rincón del coche con un gesto de despecho que la oscuridad ocultó á Felipe. Con una sola palabra la había herido. Clara no advirtió el acento de profunda indiferencia con que fué pronunciada.

—No volveremos más á la Varenne,—dijo para sí Clara.—Sufriría demasiado.

En aquel momento, Felipe, sumido en

profunda meditación, veía pasar ante sus ojos la elegante figura del Duque inclinándose ante Clara y murmurando á su oído con pérfida sonrisa cariñosas palabras. Con la garganta seca y amenazadores ojos, apretó sus robustos puños. No volvieron á la Varenne. En la quincena siguiente dieron al señor Moulinet y á los Duques una comida para devolverles el obsequio, y se negaron con persistencia á las reiteradas invitaciones de sus vecinos.

Exasperada Atanasia, parecióle sin inventiva La Brede y sin fantasía Tremblays, y valsó disgustada con los nobles rurales de la vecindad. Moulinet pronunció en vano en el concurso hortícola de la Varenne, del que logró ser nombrado presidente, un discurso que hizo dormir á algunos y divirtió sobremanera á los demás.

Hubo fuegos artificiales, justas sobre el Avesnes, premios á la virtud con acompañamiento de piezas musicales por *La Lira* de Besançon; continuó la vida alegre, alborotada, fatigosa, que adoraba Atanasia, pero nada la pudo satisfacer, puesto que no estaba allí la señora Derblay para hacerle sufrir sus triunfos.

La anciana Marquesa vivía en las alturas de Beaulieu como tórtola solitaria, y no puso los pies en casa de su sobrina política. Empezó á notarse la ausencia de los señores Derblay; no cesaban los comentarios, y ha-

biendo llegado á casa de Clara la Baronesa de Prefont, que tenía tan buena lengua, previó Atanasia que se llegase á crear una ruptura de relaciones entre la Varenne y Pont-Avesnes. A toda costa era preciso romper el hielo que se amontonaba en grandes témpanos entre los dos jóvenes matrimonios, y sólo podía servir de pretexto una diversión pública, á la que fuese invitada toda la buena sociedad de la comarca.

La Brede fué quien, sin sospecharlo, como todos los hombres inspirados, proporcionó á la Duquesa la buscada ocasión, proponiendo correr un *rallye-paper* en los bosques de la Varenne y Pont-Avesnes. Se invitó á las autoridades civiles y militares y á los oficiales de la guarnición, y todo el mundo seguiría la caza á caballo ó en carruaje; preparábase un gigantesco *lunch* en la encrucijada de los Estanques; en una palabra, sería una fiesta de *sport*, de la cual hablarían hasta los periódicos de París.

Poco faltó para que Atanasia abrazase á La Brede por este rasgo de genio. Lanzando á su padre á hacer las invitaciones, y ocupando á todos en cortar papelitos, la Duquesa fué á Pont-Avesnes y volvió radiante con una contestación afirmativa.

XIV.

La Encrucijada de los Estanques está situada en la linde de los bosques de Pont-Avesnes con los de la Varenne. Una serie de pantanos, cubiertos de juncos y de plantas de anchas hojas, que extienden sus tallos relucientes por la superficie de las aguas como culebras dormidas, prolongase en cuatrocientos ó quinientos metros, dando nombre á aquel sitio. Avidas de frescura, inclínanse las ramas bajas de las encinas sobre las estancadas aguas, y las hojas que caen durante el otoño, pudriéndose en ellas, forman un limo fangoso, donde acuden los jabalíes por la mañana á revoicarse con delicia. Vallas pintadas de blanco, que cortan en tiempos normales los caminos del bosque, cierran un espacio de doscientos metros, cubierto de espesa y blanda hierba como el terciopelo.

Enormes hayas de tronco gris y gran follaje rodean la Encrucijada, llenándola de fresca sombra. Los ocho caminos de veinte metros de anchura que van á parar á aquel punto, se pierden de vista, rectos y bordeados de matorrales rojizos, en la espesura del bosque. Es aquel un sitio tranquilo y mis-